

Los alumnos tienen que verla

Luis García Trapiello

ERA RETICENTE por las pocas imágenes que había visto de la película “Ágora” a través de la televisión. Entramos y nos acomodamos. Mis miedos parecían confirmarse. Era más un peplum que una película sobre una filósofa alejandrina. Pero poco a poco fui descubriendo que no era de eso de lo que quería hablar el director sino del fanatismo religioso; del ansia de imponer la irracionalidad de una fe sobre la razón, de su moral sobre la libertad; del dominio del gesto y de la espada.

Me empezó a encandilar la belleza de Hipatia, su escuela, su pasión en la construcción de unas hipótesis coherentes y más bellas que las viejas tesis sobre las órbitas de los astros celestes. Su insistencia en tener la razón como fuente de norma de vida y como medida de las relaciones humanas. Fui evocando lo que ya conocía y que en ese momento Amenábar nos facilitaba en imágenes. Así, poco a poco fui trascendiendo la película para vernos ahora.

Llegó la secuencia del obispo de Alejandría en aquella primitiva iglesia. Allí aparecen los patricios convertidos y sin convertir, el poder que ha hecho de la nueva religión Estado y el pueblo llano convencido con sus ascéticos apóstoles, guías de la barbarie. Lectura de una carta de San Pablo sobre la mujer. ¡Pobre Hepatia! Mi mujer, que me conoce, fue rápida. Observó el movimiento de mi cuerpo, vio el gesto que se iniciaba en mi cara y me soltó un codazo. En medio del silencio que envolvía aquella enfática perorata iba a gritar ¡ese es Rouco!